



FORMAR CULTURA

Plataforma de aprendizaje a distancia
para creadores culturales

Desafíos de la “digitalización de la vida” para los proyectos culturales

PAULA SIBILIA



Cuando se trata de pensar la implementación de cualquier proyecto cultural en la actualidad, es inevitable preguntarnos por el papel que se les dará a las tecnologías digitales y portátiles de comunicación e información. Por eso, resulta importante reflexionar acerca de ciertas transformaciones que vienen afectando a los modos de ser y estar en el mundo; es decir, a las subjetividades que hoy se producen y que, según una hipótesis ya bastante explorada, estarían distanciándose aceleradamente de las modalidades que fueron hegemónicas en la era moderna.

Cabe aclarar que ese tipo de sociedad tuvo su auge en el mundo occidental durante el siglo XIX y buena parte del XX, irradiando sus modos de vida desde la cultura europea hacia el resto del planeta con su ímpetu modernizador y colonialista apoyado en las conquistas tecnocientíficas de la era industrial. Ese proyecto fue sedimentando a partir de las revoluciones burguesas que acompañaron la instauración de los diversos Estados Nacionales tanto en las metrópolis como en los confines del mundo, así como del modo de producción capitalista.

Los cambios que vemos avanzar hoy en día, y que nos llevan a distanciarnos cada vez más de aquel otro panorama, ocurren en sintonía no solamente con las nuevas formas de comunicación, sino también con los diversos estímulos del capitalismo contemporáneo. Una de las características más fácilmente identificables de esas transformaciones es la sorprendente "compatibilización" que se ha gestado entre los habitantes de las sociedades globalizadas del siglo XXI y una amplia serie de artefactos digitales.

En ese conjunto de herramientas se destacan los aparatos móviles de comunicación e información que todavía seguimos denominando "teléfonos", pero que en realidad son pequeñas computadoras de uso individual, dotadas de cámaras, pantallas y acceso permanente a las redes informáticas. Con una rapidez asombrosa, al "compatibilizarnos" con esos artefactos aprendimos algo inédito en la historia de la humanidad: a vivir en "modo visible" y en contacto permanente con cantidades crecientes de personas.

Con la popularización del uso de esos dispositivos y la expansión de la tecnología wifi, que posibilita conectarse en cualquier lugar y en todo momento, notamos que las redes atraviesan todas las paredes. Así, con una eficacia inusitada, esos nuevos modos de vivir en-redados subvierten la dinámica de casi todas las instituciones modernas, que solían delimitarse con sólidos muros capaces de recortar muy claramente no sólo el uso del espacio sino también la temporalidad compartimentada en horarios rígidamente pautados. Desde la escuela hasta el hogar familiar, los restaurantes y los bares, pasando por las fábricas, las cárceles, los hospitales, los cines, los teatros, las bibliotecas y los museos; en



suma, todas las instituciones modernas están atravesando, actualmente, ese desafío.

Se trata de una serie de conflictos y tensiones entre la vieja lógica de las paredes (típica de las tecnologías analógicas), por un lado, y la nueva dinámica de las redes (asociada a los dispositivos digitales), por otro lado. Las instituciones culturales no permanecen ajenas a esta problemática sino que son afectadas de diversos modos y, también, suelen responder a esos retos proponiendo nuevos usos a quienes por ellas circulan. Desde las exposiciones que, en los museos, se promueven por ser “aptas para selfies” o “instagramables”, hasta las múltiples actividades audiovisuales e interactivas que ofrecen las bibliotecas, o bien las novedosas opciones detox de espacios libres de wifi para propiciar tanto los encuentros cara a cara como la concentración en silencio.

Aunque el contundente cambio que se operó en el plano tecnológico ha puesto en evidencia esa crisis generalizada de las instituciones modernas, lo cierto es que su causalidad es mucho más compleja. Por eso, el fenómeno suele ser estudiado como una verdadera ruptura histórica, que se viene gestando hace décadas e involucra diversos factores (económicos, políticos, socioculturales, morales o éticos, etc.), no solamente avances tecnocientíficos. Estos últimos, inclusive y en buena medida, son una consecuencia tardía de los primeros.

Una sagaz radiografía de esa transformación fue elaborada por el filósofo francés Gilles Deleuze en 1990, un año que ahora suena bastante remoto pero en el cual ya se vislumbraban muchas de las tendencias que hoy vemos consumarse. Hace ya casi treinta años, sin embargo, todavía no existía la mayoría de las tecnologías digitales de comunicación e información que constituyen el foco de nuestro análisis. Aún así, la tendencia hacia la transformación histórica aquí enfocada ya se delineaba con bastante claridad en el horizonte de aquel entonces.

Otras de las denominaciones que se le han dado a esta nueva era son las siguientes: sociedad líquida, posmoderna, espectacular, hipermoderna; o bien capitalismo tardío, neoliberal o postindustrial. Aquí preferimos nombrarla de un modo aparentemente menos arriesgado pero igualmente provisorio: “contemporaneidad”. En todo caso, lo que se pretende es distinguir este nuevo período histórico de su precedente inmediato: los “tiempos modernos” que tuvieron su auge en el mundo occidental durante los siglos XIX y XX pero que, tal vez, ya estén quedando anticuados.

Si las tecnologías digitales, en contraste con las analógicas, parecen constituir uno de los aspectos más evidentes de la transformación que deseamos comprender, una de las principales intenciones de este análisis consiste en situar ese factor como uno más entre varios, deshaciendo



en primer lugar el malentendido acerca de su supuesta causalidad única o hasta exclusiva.

Por eso, para examinar esta problemática partimos de una premisa fundamental: las herramientas técnicas nunca son neutras o neutrales, lo cual tampoco implica que sean "buenas" o "malas" en sí, ni que esa valoración dependa del uso que se les dé, como suele afirmarse de modo bastante apresurado y reductor. Las simplificaciones de ese tipo son tentadoras porque atribuyen causas relativamente acotadas a fenómenos de enorme complejidad; y, en ese sentido, también pueden ser tranquilizadoras. Sin embargo, probablemente sean falsas o sólo parcialmente válidas; entre otros motivos, porque pasan por alto el hecho de que las mismas tecnologías son fruto de los cambios históricos que pretendemos mapear.

De modo que las tecnologías no son neutras porque son históricas y, justamente por eso, cargan consigo una serie de creencias y valores propios de su época. Todos los artefactos, desde un simple martillo o una lapicera hasta la más sofisticada nave espacial, si bien se pueden usar para hacer muchas cosas, no es verdad que sirvan para hacer "cualquier cosa". Cada herramienta supone, propone y estimula ciertos modos de usarla (y no otros), que a su vez implican determinados modos de vivir (y no otros).

Así, por ejemplo, aunque todas sean armas que se pueden usar para hacer más o menos lo mismo, sin duda no son idénticas una flecha, un par de boleadoras, un boomerang, una pistola o una bomba atómica. Algo equivalente podría decirse con respecto a aplicaciones informáticas como Whatsapp, por un lado, y las cartas de los antiguos diálogos epistolares, por otro lado. O los diarios íntimos y las redes sociales de internet como Facebook o Instagram; los libros impresos y los archivos digitales para leer online, etc.

A partir de esta perspectiva genealógica, que consiste en comparar prácticas parecidas pero apoyadas en distintos soportes técnicos y situadas en momentos históricos diferentes, proponemos examinar algunos aspectos de los dispositivos digitales de comunicación con los cuales nos hemos "compatibilizado" en el último par de décadas. La pregunta básica, cuyas tentativas de respuesta intentaremos esbozar aquí, sería la siguiente: ¿cómo están cambiando nuestros modos de vivir tras haber adoptado las herramientas digitales para realizar cada vez más actividades?

Al "compatibilizarnos" con esos dispositivos fuimos perdiendo, también, de modo gradual aunque muy veloz, la vieja compatibilidad histórica que solíamos tener con toda una variedad de tecnologías analógicas, sobre todo en lo que se refiere a la lectura y la escritura en papel. Así

como sucede ahora con los teléfonos celulares, las computadoras e internet, tampoco fue "natural" aprender a usar aquellos otros dispositivos que hoy nos parecen bastante antiguos pero que son, ellos también, esencialmente modernos.

Hubo que hacer un gran esfuerzo para "compatibilizarse" con el uso de instrumentos como los lápices, las lapiceras, el papel secante, las plumas y los tinteros, los cuadernos, los libros y los periódicos impresos, los diarios íntimos con sus cerrojos y escondites, las cartas que se enviaban y recibían envueltas en sobres de papel entregados por los carteros, las bibliotecas con su sagrado silencio, al igual que los museos o los teatros, y las escuelas con sus rituales tan específicos como severos.

Cada uno de esos conjuntos de tecnologías (las analógicas y modernas, por un lado, y las digitales y contemporáneas, por otro lado) pueden ser observadas en su condición de herramientas capaces de inducir ciertos modos de vida. Esas formas de ser y vivir son bastante diferentes entre sí, con lo cual se diría que contribuyen a conformar dos tipos de subjetividades muy distintas. Esos contrastes y esas transformaciones en los modos de vida se pueden estudiar priorizando dos ejes principales. Por un lado, las formas de usar el tiempo y el espacio. Por otro lado, los modos de relacionarnos con nosotros mismos, con los demás y con el mundo.

Analizar estos contundentes cambios históricos con el foco puesto en las tecnologías de comunicación e información (y, en particular, en la transición del arsenal analógico moderno hacia el digital contemporáneo) permite vislumbrar hasta qué punto se han transformado esos dos ejes primordiales de los modos de vida: la dimensión espacio-temporal, por un lado; y las formas de vincularnos, por otro lado. La mención a algunos ejemplos específicos puede servir no sólo para diagnosticar los cambios de un modo descriptivo, sino también para intentar comprender algunos de sus sentidos y consecuencias.

De ese modo, pueden ser identificadas algunas características de las nuevas subjetividades que se vienen gestando en las primeras dos décadas del siglo XXI. En primer lugar, destacaremos la visibilidad y la conexión, dos vectores cardinales de los nuevos modos de vivir, que se relacionan directamente con aquello que Guy Debord antevió en su famoso libro de 1967, *La sociedad del espectáculo*, así como en su película homónima. Más de medio siglo después de ese primer veredicto lanzado por el cineasta y activista francés, ese movimiento se ha intensificado enormemente.

Un fuerte indicio de esa tendencia se percibe en la insistente convocatoria cotidiana a performar personajes espectaculares pero realistas en



las redes sociales de internet, por ejemplo. Ese fenómeno se ha adensado en los años más recientes, culminando (al menos hasta el momento) en lo que ya se denomina "instagramización del mundo"; y, particularmente, de la vida cotidiana y del yo de cada quien.

Además de haber aprendido a vivir de formas cada vez más visibles y en virtual contacto con un público que se desea cada vez mayor, otras características de las subjetividades contemporáneas que suelen tematizarse son la ansiedad y la dispersión (o la capacidad multitarea), que a su vez son fruto del exceso de estímulos irradiados por el modo de vida "en red".

Contrariamente a lo que sucedía en la época moderna, articulada por instituciones claramente delimitadas por sólidas paredes, la sociedad organizada según la lógica de las redes se maneja con horizontes ilimitados. Se fue implantando, así, un extenuante régimen "24/7", cuyo ritmo no cesa en las 24 horas del día, durante las siete jornadas semanales. Es lo que constatan las investigaciones del estadounidense Jonathan Crary, según el cual tanto el descanso como la concentración se están volviendo imposibles en la actualidad.

Además de los interlocutores mencionados hasta ahora, varios otros autores se han dedicado a desentrañar estos cambios históricos. Una de ellas es la psicoanalista brasileña Suely Rolnik, autora de una serie de ensayos sumamente esclarecedores sobre las transformaciones que están afectando a las subjetividades contemporáneas. También cabe mencionar a los argentinos Cristina Corea e Ignacio Lewkowicz, quienes han dado a conocer sus lúcidas reflexiones sobre el asunto; en particular, se recomienda aquí su libro *Pedagogía del aburrido: escuelas destruidas, familias perplejas*, donde se desarrollan varios cuestionamientos sintonizados con la perspectiva aquí convocada.

Teniendo en cuenta la magnitud de las transformaciones históricas resumidas en estas páginas, además de constatar que se han ampliado enormemente las posibilidades existenciales de los individuos (al menos, para los consumidores que pueden tener acceso a ellas), notamos que proliferan problemas y sufrimientos de nuevo cuño, que claman por ser comprendidos en busca de soluciones. Las épocas de crisis suelen ser confusas y difíciles; sin embargo, también presentan una riqueza peculiar que vale la pena explorar, ya que en ellas se radicalizan las posibilidades de reflexión e invención.

Por eso, vale la pena observar ciertos desafíos involucrados en esas transformaciones tan intensas, que están afectando nuestros modos de ser y estar en el mundo, en sintonía con el uso creciente de tecnologías digitales (y portátiles) de comunicación e información, entra las cuales hemos destacado a los emblemáticos "teléfonos celulares inteligentes"



o smartphones. Entre esas novedades, cabe indagar las tendencias exhibicionistas y performáticas que proliferan tanto en las redes sociales de internet como fuera de ellas, en su calidad de formas de interacción social muy características de la cultura contemporánea.

En ese sentido, cabe examinar cuál es el tipo de sociabilidad que esas prácticas suponen y propagan, así como el tipo de subjetividad que necesitan producir para funcionar con eficacia, intentando contemplar tanto sus potencialidades enriquecedoras para la experiencia individual y colectiva, como sus aspectos más problemáticos y desafiantes. Un punto importante de este análisis es aquello que algunos autores refieren como "el ocaso de la interioridad psicológica", recurriendo a la expresión del psicoanalista brasileño Benilton Bezerra.

Se trata de una transformación histórica de gran envergadura, que acompaña los demás cambios históricos comentados hasta ahora, justificando en su conjunto la hipótesis de una transición hacia un nuevo tipo de organización social o modo de vivir. En este caso, y ahora retomando al vocabulario usado por el sociólogo estadounidense David Riesman ya en la década de 1950, en su clásico libro titulado *La muchedumbre solitaria*, se vislumbra una transición entre dos tipos predominantes de "carácter social".

Cada vez menos predominante en la actualidad, el "carácter introdirigido" u orientado hacia "dentro" de uno mismo, según Riesman, sería típico de las sociedades modernas occidentales cuyo apogeo ocurrió en el siglo XIX y buena parte del XX. Esa modalidad ha ido perdiendo prevalencia desde entonces, en provecho de las cada vez más habituales "personalidades alterdirigidas" u orientadas hacia los otros; es decir, volcadas hacia la mirada ajena.

Esa compleja transformación se puede mapear como un gradual desplazamiento del eje en torno al cual se construyen las subjetividades, que de a poco fue abandonando aquel enigmático núcleo considerado interior e "invisible a los ojos", aunque más valioso y verdadero que las "vanas apariencias". En las últimas décadas, ese tipo de auto-tematización estaría perdiendo fuerza y sentido, en sintonía con la creciente importancia de lo visible para juzgar quién es cada uno y cuánto vale.

Como fue analizado en el libro *La intimidad como espectáculo*, de mi autoría, fenómenos como las redes sociales de internet o los autorretratos conocidos como selfies, por ejemplo, serían frutos bastante sintomáticos de esta importante transformación en las subjetividades y en los modos de vincularnos que imperan en las sociedades globalizadas del siglo XXI.



La mirada del otro, por tanto, se ha convertido en el lugar del cual emana prioritariamente la “verdad” sobre quiénes somos y cuánto valemos, mientras va menguando el peso antes atribuido a las esencias interiorizadas. No obstante, más allá de estos desplazamiento, el lugar de la alteridad sigue siendo problemático en la era del “show del yo” o de la espectacularización de uno mismo con recursos inspirados en el marketing y la publicidad, así como el problema de la soledad, aunque quizás lo sean de modos bastantes distintos a como solían serlo en plena era moderna.

La perspectiva genealógica se esfuerza por detectar esos desplazamientos y resignificaciones, indagando en la singularidad de cada experiencia históricamente constituida. En esa misma dirección, se puede sondear el complicado equilibrio - o, más precisamente, las tensiones, los conflictos, riesgos y desafíos -- que implica la actual demanda o necesidad de auto-espectacularizarse, por un lado, y el control que exige esa exigente “curaduría de uno mismo”, por otro lado.

De hecho, las subjetividades contemporáneas ya han incorporado ciertas características que eran ajenas a los modos de vida decimonónicos, como por ejemplo la incitación a construir personajes capaces de performar su extimidad en la visibilidad de las pantallas interconectadas. Algo que Guy Debord divisó en sus configuraciones iniciales, plasmadas en su libro antes mencionado y hoy considerado “visionario”, La sociedad del espectáculo, que ya ha cumplido más de medio siglo

Además de propiciar un vasto conjunto de experiencias existenciales antes impensables, las prácticas comunicativas que se han desarrollado en las últimas décadas con ayuda de los avances técnicos del universo digital, también suponen la emergencia de problemas inéditos. Uno de esos desafíos de nuevo cuño se refiere a la mayor vulnerabilidad que se presenta en la actualidad, ante la desactivación de las paredes (y los pudores) que no sólo oprimían sino que también solían proteger a los sujetos modernos al transitar entre el ámbito público y los espacios privados en las diversas “instituciones de encierro” hoy consideradas en crisis.

Esa manera de nombrar a las instituciones modernas, poniendo el énfasis en las paredes que confinaban tiempo, espacio, cuerpos y modos de ser, es tributaria del trabajo realizado por el filósofo francés Michel Foucault, que dedicó varios libros a comprender el tipo de poder operante en la sociedad moderna, que él denominó “disciplinaria”, y que se articulaba en una serie de “instituciones de confinamiento” como la cárcel, la fábrica, el hospital, el cuartel y la escuela.

En mi libro titulado ¿Redes o paredes? La escuela en tiempos de dispersión, son analizados algunos aspectos de la flexibilización que hoy



afecta a la antigua dualidad público-privado, a partir de la flamante tensión que hoy se da entre la vieja lógica de las paredes y la nueva dinámica de las redes. Al “compatibilizarnos” con los dispositivos digitales y portátiles de comunicación e información, no sólo se ha generalizado como también se legitimó cierto monitoreo constante de todos por todos, que funciona infiltrándose por todas las paredes y subvirtiendo los antiguos pudores.

Se trata de uno de los aspectos de las “sociedades de control” que se expanden actualmente, cuyos principales lineamientos fueron teorizados por Gilles Deleuze en su texto de 1990 antes mencionado. Son varios los indicios de la consumación de ese cambio de régimen señalado por ese autor, ante el desmonte de los pilares que sustentaban a las “sociedades disciplinarias” ampliamente estudiadas por Foucault.

Así, al desplazarse el foco de la vigilancia centralizada y jerárquica (modulada por las figuras del Estado, el deber y la ley) hacia el control horizontalizado y enredado en múltiples direcciones (articulado por las figuras del mercado, el deseo y la “libre elección”), son otros los juegos de poder que se perfilan actualmente, así como son distintas las subjetividades y las sociabilidades que prosperan.

Al convertirnos en personajes que performan su extimidad en las pantallas interconectadas por las redes informáticas, crece el riesgo de mostrar algo inconveniente, ya sea de modo voluntario o no. El fenómeno del bullying, por tanto, emerge como una pieza clave para comprender algunos aspectos de las transformaciones históricas aquí en foco, así como los linchamientos virtuales o los escraches viralizados, por ejemplo. Algunas cuestiones relacionadas con esta problemática son discutidas en mi artículo titulado “Bullying: La vergüenza”, publicado en la revista Anfibia y disponible en internet.

El estudio de ese fenómeno en particular puede ayudar a enfocar otro desplazamiento histórico, complementario a todos los demás que se han señalado en estas páginas, siempre convocando a la perspectiva genealógica que intuye una ruptura entre dos regímenes muy distintos: el moderno y el contemporáneo. En este caso, se trata de cierto declive de la culpa como el principal mecanismo de control moderno para las subjetividades y la sociabilidad, en favor de una creciente importancia de la vergüenza.

No sorprende que en los conflictos desatados por la vergüenza, como es el caso del bullying, la mirada ajena sea el eje prioritario del sufrimiento resultante o posible, eventual, como un peligro al que se le teme y por eso se procura evitar. Algo que suele ser especialmente acuciante para las “personalidades alterdirigidas”, por tanto, mientras que el



“carácter introdirigido” se veía más interpelado por otras estrategias, mucho más basadas en el funcionamiento eficaz de la culpa.

De hecho, la culpa decimonónica, que despliega su raíz judeocristiana encarnada en la “ética protestante” y su versión laica en la “moral burguesa”, no requiere necesariamente a la mirada ajena para desatarse o consumarse. El drama podría restringirse a un conflicto “interno” de cada uno consigo mismo o, más precisamente, de cada individuo con la autoridad incorporada a la propia estructura subjetiva.

Por tal motivo, las relaciones entre moral y ley también se ven sacudidas de forma compleja y desafiante en la actualidad, subrayando esta transición del régimen moderno al contemporáneo. Con el recorrido aquí esbozado, pretendemos reforzar lo sugerido al principio: que el uso de tecnologías digitales (en particular, las de comunicación e información) constituye un elemento importante de las transformaciones históricas actualmente en curso, pero está lejos de ser su “causa”.



Bibliografía recomendada

BEZERRA, Benilton. "O ocaso da interioridade e suas repercussões sobre a clínica". In: PLASTINO (org.). Transgressões. Rio de Janeiro, Ed. Contracapa, 2002; p. 229-239.

COREA, Cristina; LEWKOWICZ, Ignacio. Pedagogia del aburrido: Escuelas destruidas, familias perplejas. Buenos Aires: Paidós, 2010.

CRARY, Jonathan. 24/7: El capitalismo tardío y el fin del sueño. Buenos Aires, Paidós, 2015.

DEBORD Guy, La sociedad del espectáculo, Buenos Aires, La Marca, 1995.

DELEUZE, Gilles. "Posdata sobre las sociedades de control", en Christian Ferrer (comp.), El lenguaje libertario, vol. II, Montevideo, Ed. Nordan, 1991.

FOUCAULT, Michel. Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

FOUCAULT, Michel. "Método", História de la Sexualidad, v. 1, La voluntad de saber, México, Siglo XXI, 1977.

RIESMAN, David. La muchedumbre solitaria, Buenos Aires, Paridós, 1971.

ROLNIK, Suely. "Toxicômanos de identidade: Subjetividade em tempo de globalização". In: LINS, Daniel (org.). Cultura e Subjetividade. Campinas, Papirus, 1997, p. 19-24.

SIBILIA, Paula. "Bullying: La vergüenza". Anfibia, Revista de la UNSAM, Buenos Aires, Argentina, 5/8/2017. <http://revistaanfibia.com/ensayo/la-verguenza/>

SIBILIA, Paula. La intimidad como espectáculo. Buenos Aires. Ed. Fondo de Cultura Económica, 2008.

SIBILIA, Paula. Redes o paredes: La escuela en tiempos de dispersión. Buenos Aires. Ed. Tinta Fresca, 2012.

Site personal de la docente, con material complementario:
<http://www.paulasibilia.com/>